

LECCION XIV.

SEPULTURA Y RESURRECCION DEL MESÍAS.

Tinieblas universales.—Se rompe el velo del templo.—Resucitan los muertos.—Conversion del centurion.—Cúmplense las profecías.—José y Nicodemo — El limbo.—Las santas mujeres.—Aparicion á María Magdalena.—Conducta de los guardias y de los jefes de la Sinagoga.—Pruebas de la resurrección.

El último suspiro de Jesús, espirando en la cruz, acababa de poner el colmo á la gloria que Dios queria sacar de los padecimientos y las humillaciones del Redentor; pero este último suspiro, exhalado en el ejercicio de la mas rigurosa obediencia, debia ser tambien, segun las promesas de Dios, el principio de los honores divinos que aquel Hijo tan querido y tan hondamente anonadado tenia derecho á esperar de la justicia y del contento de su Padre.

Luego que se cumplieron todas las condiciones, se ejecutaron las promesas. En el momento que Jesús espiraba y á precio de su sangre compraba el título de Salvador, de Juez y de Soberano de todos los hombres, la naturaleza entera se estremeció, ya para reconocer á su Rey, ya para llorar su muerte, ya para preparar su triunfo.

Las tinieblas esparcidas durante tres horas sobre la haz de la tierra se desvanecieron <sup>1</sup>: el velo del templo, es decir, el velo que se-

<sup>1</sup> La opinion mas comun es que estas tinieblas se esparcieron efectivamente por toda la tierra. No citaremos mas que los testimonios siguientes: El primero es el de san Dionisio el Areopagita. Aprovechamos con solicitud esta ocasion de rehabilitar, en cuanto nos es posible, las obras de este gran Santo. Dom Calmet ha pretendido que eran de un griego desconocido del siglo v ó vi, que quiso que sus escritos pasasen bajo un nombre ilustre, para granjearles crédito y reputacion. *Y lo consiguió*, continúa Dom Calmet, *hasta el siglo xvii, pues ha sido leído, conocido y citado por griegos y latinos, como si fueran de san Dionisio el Areopagita* <sup>1</sup>. Gran número de escritores modernos repiten sobre su palabra el aserto del maestro. Para desgracia de Dom Calmet y sus copistas, Orígenes, que vivia en el siglo ii, cita las obras de san Dionisio el Areopagita. Hé aquí sus palabras: «Como dice un labio divino, tenemos de Dios

<sup>1</sup> Disertacion sobre las tinieblas (*Biblia de Vence*, t. XX, pag. 168).

paraba la parte del templo llamada el *Santo* de la parte llamada *Sancta Sanctorum*, se rasgó en toda su longitud: tembló la tierra, y este último prodigio preparaba otro que no sucedió hasta tres dias des-

«la vida, el movimiento y el ser: el ser de todos es la superesencia y la divinidad, segun la expresion del gran Dionisio el Areopagita <sup>1</sup>.» Advertimos por otra parte: 1.º que seria bien asombroso que un falsario hubiera conseguido durante mas de mil años hacer pasar sus propios escritos bajo el nombre de un personaje tan célebre en la Iglesia, sin que los eruditos y los hombres de genio que se han sucedido durante este largo intervalo hubiesen descubierto el fraude, y sin embargo de conocer estas obras y de citarlas con elogio. Entre los latinos, santo Tomás, san Buenaventura, Hugo de San Victor y Escoto Erígenese inspiraron por la meditacion de estos libros; 2.º que estas obras han gozado en la Iglesia latina y en la griega, antes y despues del cisma, de un aprecio que nadie ha puesto en duda, pues su autor es, á juicio de Anasasio el Sinaita, *un celeberrimo intérprete de los misterios divinos*; que san Gregorio el Grande le da el nombre de *Padre antiguo y venerable*; y san Juan Damasceno proclama *al divino, santísimo y elocuentísimo Dionisio, abundante y profundo en las cosas divinas*; y finalmente, que el concilio II de Nicea, séptimo concilio general, le concede el título de *muy grande*, y que todos los autores que acaban de citarse se sirven de sus escritos para confirmar los dogmas de la fe <sup>2</sup>.

Ahora bien, hé aquí cómo se expresa san Dionisio el Areopagita respecto de las tinieblas milagrosas que aparecieron á la muerte del Salvador. Escribe á san Polibio respondiendo á las reprensiones que su antiguo amigo Apolófanes le dirigia porque empleaba de un modo poco sincero el testimonio de los autores gentiles para combatir el Gentilismo. «Apolófanes, le dice, debe acordarse de lo que pasó cuando estábamos juntos en Egipto. Nos hallábamos ambos cerca de la ciudad de Heliópolis, cuando vimos repentinamente la luna ir á reunirse con el sol, aunque no era en la época de la conjuncion, y causar un grande eclipse; y en seguida, hácia la hora nona del día, la vimos otra vez abandonar el sitio que ocupaba debajo del sol para ir á colocarse en el paraje opuesto del diámetro... Esto puedes decirle. Y tú, Apolófanes, desmiénteme si te atreves, á mí que me hallaba contigo presenciando aquel espectáculo, que como tú vi y admiré. Finalmente, Apolófanes, como transportado fuera de sí mismo, exclamó en aquel momento dirigiéndose á mí, cual si hubiera adivinado lo que pasaba: Querido Dionisio, estos son cambios de cosas divinas <sup>3</sup>.»

Por su parte san Dionisio exclamó: «Ó el Autor de la naturaleza padece, ó se destruye la máquina del universo.» No es de admirar que san Dionisio pensara, aunque era todavía gentil, que el Autor de la naturaleza padece; pues le bastaba para tener esta idea haber leído lo que dice Platon sobre los padecimientos del Dios que el mundo esperaba.

<sup>1</sup> Homil. II, t. II, pag. 277. Edicion de Paris, 1604.

<sup>2</sup> Véase la traduccion de las obras de san Dionisio por el abate Darbois, en 8.º

<sup>3</sup> Dionys. Areopag. lib. II, pag. 7, ep. LXXI.



pues<sup>1</sup>: muchos santos que habian muerto resucitaron, y habiendo salido de sus sepulcros despues de la resurreccion del Salvador, fueron á la ciudad y se hicieron ver en público.

Si las tinieblas fueron efecto de un eclipse, no son menos milagrosas, porque la Pascua judáica, que es la época en que Jesucristo padeció la muerte, no se hacia nunca mas que en luna llena, y todo el mundo sabe que los eclipses de sol no suceden jamás en el plenilunio. ¿Quién sabe si la nocion vaga pero tradicional de las tinieblas que debian aparecer al morir el Salvador, no era la causa de que los pueblos gentiles se aterrassen siempre que veian un eclipse?

En otra carta dirigida al mismo Apolónides, convertido ya al Cristianismo, san Dionisio le habla en estos términos: «Voy á hacerte recordar lo que sucedió en la época en que viviamos juntos en Heliópolis de Egipto. Tenia yo entonces veinte y cinco años, y tú tendrias la misma edad que yo. Repentinamente vimos un dia de viernes, cerca de la hora de sexta ó mediodía, la luna que fué á colocarse debajo del sol causando un eclipse que nos llenó de terror. Te pregunté entonces, qué es lo que pensabas de aquel prodigio, y me diste una contestacion que jamás se borrará de mi mente... Me respondiste: «Estos son, querido Dionisio, cambios de cosas divinas.» Yo noté exactamente la época y el año de aquel prodigio, y habiendo combinado todo esto con lo que Pablo me enseñó posteriormente, me rendí á la verdad, á la que tú tambien felizmente te has rendido<sup>1</sup>.»

Citarémos además el testimonio de Flegon, liberto del emperador Adriano. Este autor era gentil, y escribió la historia de las Olimpiadas en diez y seis libros, desde su origen hasta el año 140 de Jesucristo. Pues bien, dice que en el cuarto año de la olimpiada 202, que debia terminar hácia la mitad del año 33 de la era vulgar, que es el de la muerte de Jesucristo, hubo un eclipse de sol, el mayor que se habia visto jamás, pues la oscuridad fue tal, que á la misma hora del mediodía se vieron las estrellas en el cielo; y añade que hubo entonces un gran terremoto en la Bitinia, que derribó la mayor parte de la ciudad de Nicea<sup>2</sup>.

Thalo, historiador griego, habla como Flegon. No se sabe á punto fijo la época en que vivia Thalo; pero habiéndole citado san Justino y Tertuliano, se juzga que debia ser con poca diferencia contemporáneo de Flegon, si no era mas antiguo. Á los libros de estos autores remitian, al parecer, á los gentiles Tertuliano y el mártir san Luciano de Antioquia para hallar la prueba de aquella oscuridad tan milagrosa que apareció al morir el Salvador.

<sup>1</sup> En medio de la plaza que precede á la catedral de Pouzzoles hemos visto el célebre pedestal de mármol blanco adornado de catorce figuras que representan las catorce ciudades del Asia menor destruidas por el terremoto que tuvo lugar al morir nuestro Señor y reedificadas por Tiberio. De modo que el monumento profano de Pouzzoles es un testimonio palpable de la verdad del relato evangélico.

<sup>1</sup> In vita Dionys. apud Cerder, t. II, pag. 273.

<sup>2</sup> Apud Euseb. chronic. pag. 188, edic. Scalig.

El ejemplo de las criaturas insensibles produjo su efecto: en primer lugar el centurión ó el oficial romano que presidia á la crucifixion, y que habia visto lo que pasaba, y que Jesús espiraba arrojando un gran grito, glorificó á Dios, diciendo: Verdaderamente este hombre era justo: era verdaderamente Hijo de Dios. En efecto, morir en cruz era morir agotado de fuerzas y de sangre, y el grito del Salvador era por consiguiente sobrenatural. Era á un mismo tiempo un milagro y el cumplimiento de una profecía; milagro de fuerza en el extremo de la debilidad, y cumplimiento literal de las palabras del mismo Jesucristo: *Doy mi vida por mi mismo*<sup>1</sup>. Viendo entonces los soldados que custodiaban al Salvador el temblor de la tierra y las cosas que pasaban, quedaron llenos de terror y exclamaron: Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios. Tantos milagros convencieron tambien á los espectadores cuyo corazon no estaba pervertido por principio; testigos de todas aquellas cosas y aterrados al ver la venganza de Dios cuya proximidad temian, se volvian á él dándose golpes de pecho.

El Calvario fué quedándose insensiblemente desierto de la multitud que lo habia ocupado desde el mediodía, y cada cual se iba, ó mas endurecido, ó felizmente desengañado. ¿No sucede aun así todos los dias cuando se sale del sacrificio augusto de nuestros altares? Quedaban, sin embargo, cerca de la cruz otras personas mas afligidas, pero sin remordimientos, que no podian resolverse á alejarse de un objeto tan querido: eran las personas amigas de Jesús, y varias mujeres que estaban á un lado mirando desde léjos lo que pasaba. Entre estas mujeres veíase á María Magdalena, á María, madre de Santiago el Menor y de José, y á Salomé, madre de los hijos de Zebedeo, que le seguian cuando estaba en Galilea, y le cuidaban. Imitemos su ejemplo; quedémonos tambien nosotros, al menos en espíritu, al pié del altar, cuando hayamos asistido al sacrificio augusto, renovacion de el del Calvario.

En todo cuanto habian atentado contra el Salvador, los judíos no habian hecho mas que cumplir los decretos del poder de Dios, y jamás lograron traspasar este límite. Y como Dios no queria que padeciese otro género de suplicio que le destinaban, no les ocurrió la idea hasta despues de su muerte; y tambien fue el celo de la ley el que pareció dirigirles en esta ocasion. Estaba prescrito que los ca-

<sup>1</sup> Joan. x.



dáveres de los que habian muerto en el cadalso fuesen sacados de él antes de espirar el día, y era preciso darse prisa porque iba á terminar el tiempo en que se permitia esta operacion: los judíos fueron, pues, á suplicar á Pilatos que mandara romper las piernas á los tres crucificados y sacarlos de la cruz.

Pilatos envió algunos soldados que rompieron las piernas de los dos ladrones, pero no lo hicieron con Jesús porque vieron que estaba ya muerto, aunque uno de los soldados le abrió con una lanza el costado, de donde brotó al momento sangre y agua. Todo era divino en cada uno de estos acontecimientos. Los soldados no tenían orden de hacer distincion entre Jesús y sus dos compañeros de suplicio, y aunque estuviera ya muerto, podian muy bien romperle los huesos; pero era preciso que se cumpliese la Escritura. Moisés habia dicho, al hablar del cordero pascual: *No romperéis ninguno de sus huesos*<sup>1</sup>. Dios lo habia prescrito así, porque la figura debía cumplirse en el Cristo, verdadero cordero de Dios, que debía ocultar bajo la cubierta frágil de la naturaleza humana la incorruptibilidad divina, así como en el cuerpo están ocultos bajo la carne los huesos que son la parte mas dura. Del mismo modo, si uno de los soldados abrió el costado de Jesús con una lanzada, fué contra el mandato de los oficiales, ó al menos por excederse en el mandato; pero tambien era preciso que se cumpliese esta otra profecía: Echaron los ojos sobre el que traspasaron.

Sin embargo, era hora ya de pensar en dar sepultura al Salvador, que hacia cerca de una hora que habia espirado. En aquel momento llegó un hombre rico llamado José, de la ciudad de Arimatea, el cual era un oficial de consideracion, justo y virtuoso; y discípulo tambien de Jesús, aunque en secreto porque temia á los judíos, no habia tomado parte en su complot ni en lo que habian hecho, y esperaba el reino de Dios. Presentóse sin miedo á Pilatos, y le pidió el cuerpo de Jesús. Asombrado Pilatos de que Jesús estuviera ya muerto, mandó llamar al centurion, y le preguntó si era cierto que habia muerto ya Jesús. Habiéndole contestado afirmativamente el centurion, dió el cuerpo á José, que fué y se lo llevó; pero no tuvo él solo la gloria de sepultarlo. Parece que la muerte del Hombre-Dios reunió en torno suyo á los que casi no se atrevian á acercarse á él durante su vida. ¡Poderosa virtud de la cruz y cumplimiento

<sup>1</sup> Exod. xii, 46.

inmediato de estas palabras del mismo Salvador: *Y si yo fuere alzado de la tierra, todo lo atraeré á mi mismo*<sup>1</sup>! Nicodemo, en otro tiempo su discípulo secreto, y que habia ido á consultarle durante las tinieblas de la noche, se presentó tambien con cerca de cien libras de una composicion de mirra y aloes. José compró una sábana en la cual puso el adorable cuerpo de Jesús despues de haberlo bajado de la cruz, y en seguida lo envolvieron en la sábana con perfumes<sup>2</sup>, segun acostumbraban dar sepultura los judíos.

Solo faltaba buscar un sepulcro; pero muy cerca del paraje donde nuestro Señor habia sido crucificado habia un huerto, y en él un sepulcro recientemente abierto en el cual nadie habia sido enterrado. Este sepulcro pertenecia á José. Apremiado por el tiempo, porque iba á principiar el sábado, y favorecido por la proximidad del sitio, José depositó con ayuda de Nicodemo el cuerpo del Salvador en aquel sepulcro enteramente nuevo que habia abierto en la peña, y se fué despues de haber cerrado la entrada con una grande losa. Todo cuanto parece hallarse aquí por casualidad estaba arreglado por una Providencia infinita; el sepulcro debía estar cerca del Calvario para que hubiera tiempo de llevar á él el cuerpo de Jesús, y enterrarlo antes que empezase el descanso del sábado; el sepulcro debía ser tambien enteramente nuevo, y que no hubiera encerrado aun ningun cadáver, para que imitase á su modo la pureza del seno de María, y no se pudiera poner en duda si el muerto resucitado era Jesús; debía, por fin, estar practicado en la roca, para que no se sospechase que habia sido abierto y furtivamente arrebatado el cuerpo de Jesús.

María Magdalena y María, madre de Santiago y de José, que habian venido de Galilea con Jesús, estaban allí sentadas cerca del sepulcro. Terminado el entierro se volvieron para preparar aromas y perfumes; pero estuvieron en descanso el día del sábado, segun el precepto de la ley. Los enemigos del Salvador no lo estuvieron; estos rígidos observadores del santo descanso, que tantas veces habian acriminado al Salvador el haberlo quebrantado haciendo cu-

<sup>1</sup> Joan. xii, 32.

<sup>2</sup> La sábana era tambien de lino. Este es el origen, en el santo sacrificio de la misa, de colocar el cuerpo de nuestro Señor sobre un lienzo, con exclusion de toda otra tela. San Jerónimo lo advirtió hace cerca de mil cuatrocientos años.



raciones milagrosas, lo quebrantaron entonces con intencion de sepultar su religion en el mismo sepulcro que á su Autor.

Reuniéronse, pues, los príncipes de los sacerdotes y los Fariseos en casa de Pilatos, y le dijeron: Señor, nos acordamos que dijo aquel impostor cuando todavía estaba en vida: Despues de tres dias resucitaré. Mandad, pues, que se guarde el sepulcro hasta el tercer dia, no sea que vengan sus discípulos, y lo hurten, y digan á la plebe: Resucitó de entre los muertos; pues este último error seria peor que el primero. Pilatos les dijo: Guardas teneis, id, y guardadlo como os parezca. Fueron, pues, al sepulcro, lo cerraron bien, sellaron la piedra y pusieron guardas. Todas estas precauciones eran necesarias para que fuese incontestable el milagro de la resurreccion, y nunca las pasiones humanas secundaron mejor á la Providencia divina; porque si á pesar de todo esto desaparecia el cuerpo del Salvador, se quitaba el recurso de poder decir que sus discípulos se lo habian llevado.

Sin embargo, el muerto que con tantas precauciones custodiaban era libre entre los muertos. Es verdad que el cuerpo del Salvador descansaba en el sepulcro, donde, segun el vaticinio del Profeta, la carne del Santo de Dios no debia estar sujeta á la corrupcion; pero su alma bajó al limbo, donde todos los justos de los siglos pasados esperaban en paz la venida del Mesías. Dióse á ver á las almas que amaba y que habian disfrutado de antemano el precio de su sangre; les anunció el Evangelio, es decir, su vida, su muerte, su próxima resurreccion, el último cumplimiento de sus deseos y la consumacion de su gloria en el cielo, cuya conquista habia hecho para sus miembros en calidad de Jefe de todos los Santos. El Salvador fué depositado en el sepulcro á las seis de la tarde, algunos momentos antes de principiar el sábado solemne de la Pascua; su cuerpo permaneció allí hasta la media noche de aquel dia, que fue contado como el primero de su sepultura; estuvo durante todo el sábado, y fué el segundo dia; y pasó allí desde la media noche en que terminaba el sábado hasta la aurora de la primera feria que corresponde al domingo, y fué el tercer dia. ¡Dia eternamente memorable, durante el cual era preciso que el Mesías saliese victorioso del sepulcro para el cumplimiento de las figuras, profecías y promesas!

Dios no ha tenido á bien revelarnos el instante preciso en que se verificó este grandioso acontecimiento; todo induce á creer que el

Salvador resucitó por su propia virtud, entre la aparicion de la aurora y la salida del sol, dejando en el fondo del sepulcro las sábanas en que estaba envuelto, para que fueran testigos á un tiempo de su muerte y su resurreccion. Resucitó sin ruido y sin brillo aparente, y salió del sepulcro como habia salido del seno de su bienaventurada Madre sin apartar la losa, y penetrándola con la sustancia de su cuerpo glorioso, y sin que lo advirtiesen los que le custodiaban.

Pero María Magdalena, María, madre de Santiago, y Salomé, habiendo comprado perfumes para embalsamar al Salvador, salieron al amanecer llevando los aromas que habian preparado, y llegaron al sepulcro cuando habia salido el sol. Como ignoraban que se hubiesen puesto guardas, no previendo otro obstáculo se preguntaban unas á otras: ¿Quién nos quitará la losa que cierra la entrada del sepulcro? Porque esta losa era muy pesada, y expresaban de este modo su apuro, cuando el Señor hizo desaparecer en un momento todas las dificultades.

Hubo de pronto un gran terremoto; un Ángel bajó del cielo, y acercándose á la piedra la revolvió y se sentó sobre ella. Su rostro era brillante como un relámpago, y su vestidura blanca como la nieve; y de temor de él se asombraron los guardas y quedaron como muertos. Las santas mujeres entraron en el sepulcro, pero no hallaron el cuerpo del Señor. María corrió en seguida en busca de Simón Pedro y del discípulo que Jesús amaba, y les dijo: Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde lo han puesto. Pedro y Juan corrieron al oirla al sepulcro, pero no vieron en él más que lienzos y el sudario que habian puesto sobre la cabeza de Jesús, y en seguida se volvieron. Retenida Magdalena por su amor no pudo resolverse á seguirles, y se quedó en la entrada del sepulcro vertiendo lágrimas. Cuando así lloraba, se bajó, y mirando en el sepulcro, vió dos Ángeles vestidos de blanco, sentados en el sitio donde habian colocado el cuerpo de Jesús, uno á la cabeza y otro á los pies. ¿Por qué lloras? le dijeron. Se han llevado á mi Señor, les respondió, y no sé dónde le han puesto. Y, al decir estas palabras, se volvió y vió á Jesús que estaba allí, pero no le conoció. Mujer, le dijo, ¿por qué lloras? ¿Qué buscas?

Ella, creyendo que era el hortelano, le dijo: Señor, si os lo habeis llevado de aquí, decidme en dónde le habeis puesto, y yo lo llevaré. Jesús le dijo: María. Volvió ella el rostro, y le dijo: Rab-